

## La lección del día

Por: Flores.

Crecí al lado de una maestra de profesión y maestra de vida. Pasé días enteros de mi infancia yendo de una escuela a otra, rodeada de sus alumnos –*mis muchachos*, les llamaba. Y cada vez que hablaba de ellos, sus ojos se iluminaban con esa pasión que solo transmites cuando has encontrado eso que amas hacer. De mi parte, siempre con cierto recelo y un poco de envidia de que ellos la tuvieran más tiempo que yo. Aunque por mucho tiempo no lo quise aceptar, ella infundió en mí el amor de trabajar frente a grupos, de crear auténticos lazos de empatía y de ver con el corazón a cada individuo que llegaba al inicio de un nuevo ciclo escolar.

Mi camino profesional me hizo llegar hasta donde, por mucho tiempo, ella me dijo que estaría. Aunque no directamente en la docencia, recientemente comencé a colaborar en una organización de la sociedad civil, apasionada por el tema de la educación y la transformación social. Así que ahí estaba yo, recién egresada, visitando secundaria por secundaria, dando a conocer entre los directivos, un programa que busca apoyar gratuitamente a alumnos de tercer grado, convencida de que de alguna manera, podía cambiarle la vida a esos jóvenes.

Fue en ese proceso que tuve una experiencia que me sacudió el alma. Llegué a la oficina de un director y entre ruido, olores de comida, y papeles desorganizados sobre el escritorio; le presenté mi propuesta y le explicaba cómo no se pedía ninguna condición para participar en el programa, seleccionaríamos al azar a los alumnos que entregaran su solicitud de admisión, según el cupo de participantes:

*-Hágales creer que se sortearán los lugares, licenciada. Yo aquí le digo quienes si valen la pena y quiénes no. Hay unos muy burros que no das ni un cinco por ellos, me decía,* con un tono cínico y déspota, mientras que desde mis entrañas un sentimiento me recorría el cuerpo entero. Lo veía perpleja, tratando de asimilar lo que me decía. El tan solo imaginar la posibilidad de que el proceso se viera corrupto, me revolvía el estómago.

Pensar en que se le niegue la oportunidad a un joven de aspirar a mejores oportunidades para su futuro, por el simple hecho de que sea tachado como “problemático” sin antes tomar en cuenta su contexto, su situación familiar, su personalidad, su estilo de

aprendizaje o incluso su tipo de inteligencia. Me llenaba de coraje la prepotencia de él, que mantenía su postura, mirándome fijamente. Mientras yo me iba haciendo pequeña, e impotente me retiraba de aquel lugar. Salí con este calor que me recorría hasta la última célula de mi cuerpo, pensando en cuántos jóvenes, de cuántas secundarias han escuchado ese “es bien burro” “no sirve para la escuela” “no va a llegar ni a la prepa”, y peor aún, cuántos se lo han creído.

Contrario a desmotivarme, fue una lección que me impulsa a no decaer en esta ardua pero satisfactoria labor, de seguir rodeada de personas convencidas en el potencial de cada alumno, y afortunadamente esta amarga experiencia fue un caso aislado, hay en su mayoría: directores, maestros, prefectos y padres de familia en los que veo, al igual que veía en mi mamá, cómo se iluminan sus ojos con la pasión y el deseo latente de transformar la educación, y trabajar día con día con la esperanza de cambiar la vida de esos jóvenes.